

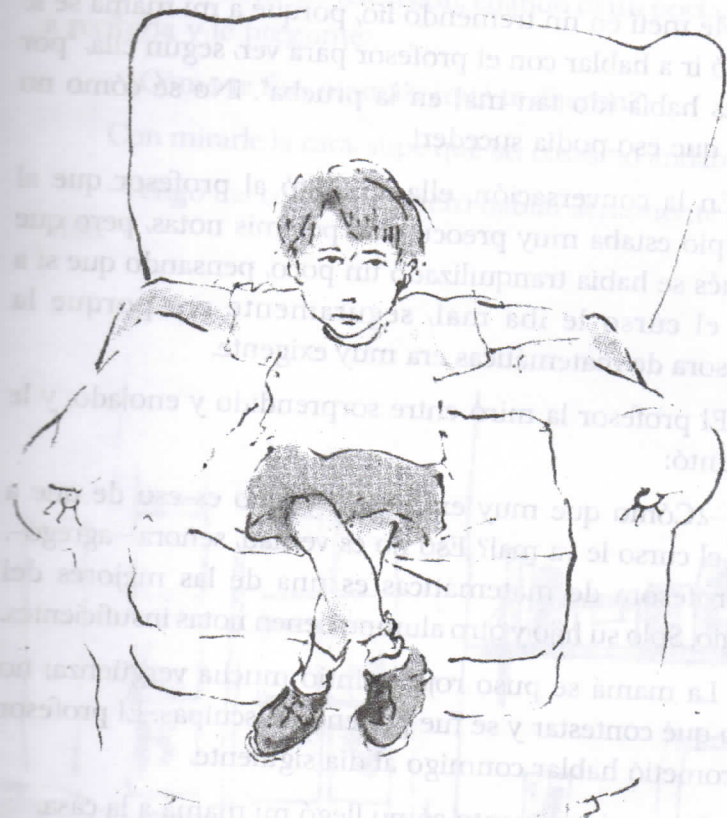
Neva Milicic M.

# ¿Vale la pena mentir?

Ilustrado por Álvaro Gueny



## Un día fatal



El martes fue un día fatal.

Entregaron las notas de la prueba de matemáticas y al profesor jefe se le ocurrió leerlas en voz alta.

Cuando llegó mi turno dijo:

-Sebastián tiene una nota deficiente.

Ahí empezó todo. Mentí.

Para que no me castigaran, al llegar a la casa les conté a mis papás que a casi todo el curso le había ido mal.

Me metí en un tremendo lío, porque a mi mamá se le ocurrió ir a hablar con el profesor para ver, según ella, "por qué les había ido tan mal en la prueba". ¡No sé cómo no pensé que eso podía suceder!

En la conversación, ella le contó al profesor que al principio estaba muy preocupada por mis notas, pero que después se había tranquilizado un poco, pensando que si a todo el curso le iba mal, seguramente era porque la profesora de matemáticas era muy exigente.

El profesor la miró entre sorprendido y enojado, y le preguntó:

-¿Cómo que muy exigente? ¿Cómo es eso de que a todo el curso le va mal? Eso no es verdad, señora -agregó-. La profesora de matemáticas es una de las mejores del colegio. Solo su hijo y otro alumno tienen notas insuficientes.

La mamá se puso roja y sintió mucha vergüenza; no supo qué contestar y se fue pidiendo disculpas. El profesor le prometió hablar conmigo al día siguiente.

Para qué les cuento cómo llegó mi mamá a la casa.

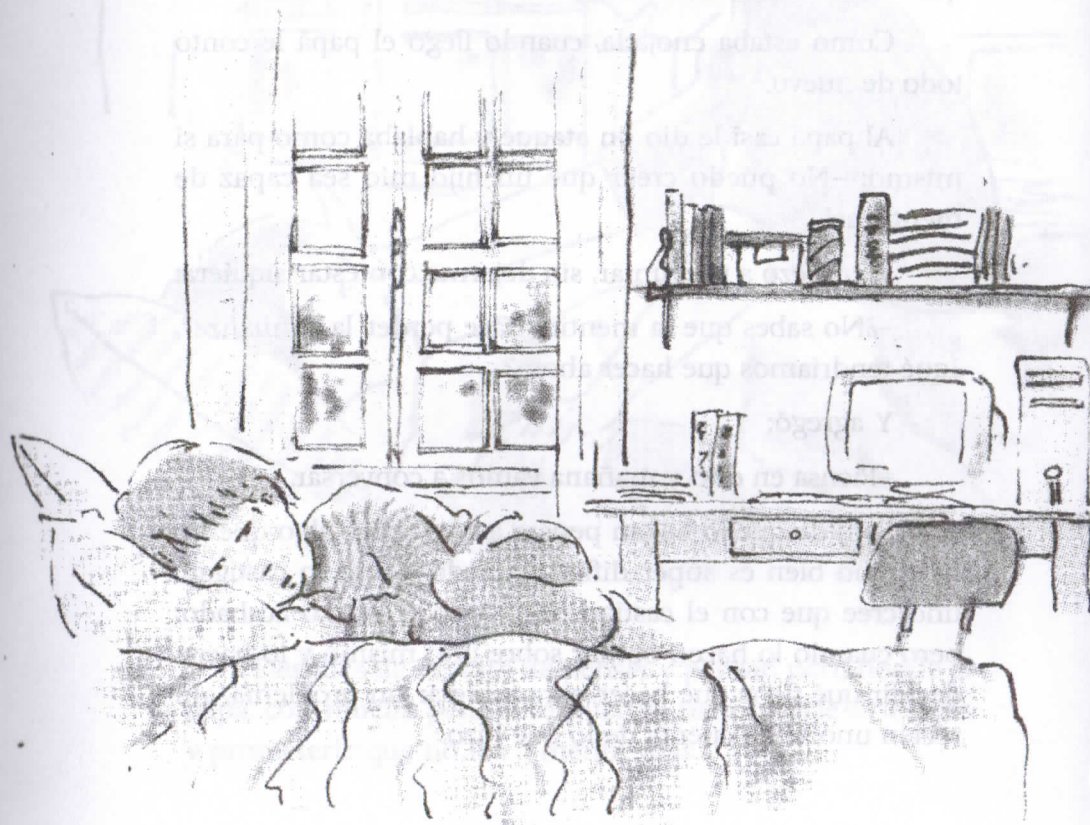
## No puedo creer que mi hijo mienta

Yo estaba viendo televisión, cuando oí un portazo. Corrí a recibirla y le pregunté:

-¿Cómo te fue, mamá?, ¿qué te dijeron?

Con mirarle la cara, supe que las cosas no andaban bien.

-Vengo del colegio y quiero hablar seriamente contigo -dijo.



Creo que me puse blanco de susto. Y empecé a darme cuenta de lo que había pasado.

Entonces se me vino encima la tormenta de los ¿Cómo es posible?: ¿Cómo es posible que me hayas engañado así?, ¿cómo es posible que me hagas hacer el ridículo en tu colegio?, ¿cómo es posible que creas que me vas a engañar con tanta facilidad?

Hubiera querido que me tragara la tierra, o al menos hacerme invisible por un rato. Pero como nada de eso pasó, tuve que aguantarme el reto completo, y lo peor de todo es que le encontraba toda la razón a la mamá.

Como estaba enojada, cuando llegó el papá le contó todo de nuevo.

Al papá casi le dio un ataque y hablaba como para sí mismo: -No puedo creer que un hijo mío sea capaz de mentir así.

Y empezó a preguntar, sin dejarme contestar siquiera:

-¿No sabes que la mentira hace perder la confianza?, ¿qué tendríamos que hacer ahora?

Y agregó:

-Piensa en esto y mañana vamos a conversar.

Esto de que lo hagan pensar a uno sobre algo que no ha hecho bien es súper difícil. Cuando a uno lo castigan, uno cree que con el castigo pagó todo y asunto acabado; pero cuando lo hacen opinar sobre uno mismo y lo hacen decidir qué tiene que hacer para arreglar un problema, ahí recién uno se da cuenta de lo que hizo.



Después de un rato de pensar y pensar, partí donde el papá, con mucha pena y vergüenza, para pedirle disculpas y prometerle que no iba a mentir más.

En la noche, la mamá me contó la historia de Pedrito y el Lobo. Se trataba de un pastor de ovejas que se divertía asustando a los cazadores, diciéndoles que venía el lobo, pero eran puras mentiras. Los cazadores corrían a salvarlo y cuando llegaban no había ningún lobo. Lo hizo tantas veces que los cazadores se aburririeron con él.

Un día el lobo vino de verdad. Pedrito gritó y gritó, pero nadie vino a salvarlo porque ya nadie le creyó, y ¡zas!, el lobo se comió a todas sus ovejas.

Mi mamá me explicó que este cuento terminaba con una cosa que se llama moraleja, que es algo así como una enseñanza que deja el cuento.

Me dijo:

–Trata de imaginar qué quería decir el señor que escribió el libro.

Yo no tuve que pensar mucho, era bien fácil.

–Creo –le dije– que quiso demostrar que a los que mienten, los demás terminan por no creerles nada y que, además, les va mal.

–Exactamente –dijo mi mamá y se fue.

Yo me quedé pensando: ¿Será que me está pasando lo mismo?, ¿qué puedo hacer ahora para que me crean? Parece que es mejor decir siempre la verdad.

Y con esta decisión me fui a dormir.

## Las consecuencias de las mentiras

Dos semanas después, en la hora de consejo de curso, el profesor jefe llegó diciendo:

–Hoy vamos a hablar de las mentiras y sus consecuencias.

¿Qué les parece?

Yo me puse bien nervioso, porque creí que iba a hablar de mí.

Lo primero que explicó fue que la mayoría de las personas han mentido más de alguna vez y que por eso era útil pensar un poco sobre: ¿para qué mentir?, y ¿cuáles son las consecuencias de las mentiras?

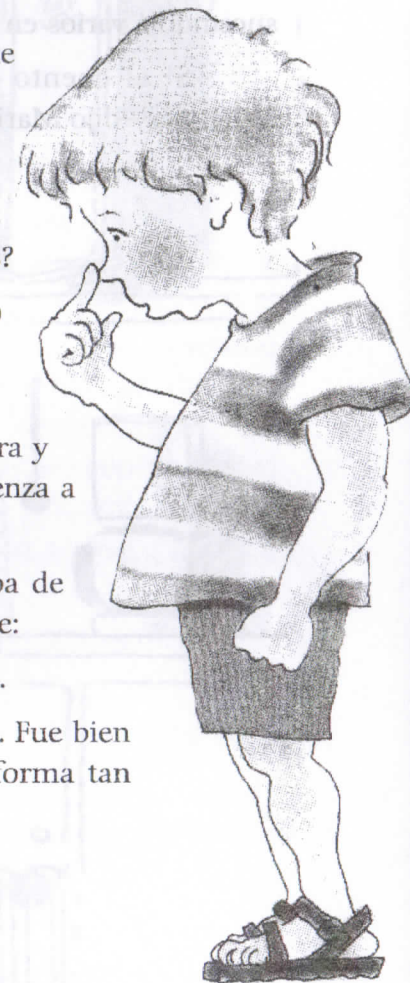
Nos pidió que cada uno escribiera una composición sobre: “Una vez que mentí”.

Cada uno pensó en una mentira y empezamos de a poco y con vergüenza a escribir.

Loreto dijo que no se acordaba de ninguna. El profesor le dijo, riéndose:

–Loreto, eso no te lo crees ni tú.

Ella empezó a escribir apurada. Fue bien divertido ver al curso escribir en forma tan interesada.



El profesor dijo que los que quisieran podían compartir sus mentiras con el curso.

Yo iba a contar el cuento de Pedrito y el lobo. Pero me acordé de que Nicolás, mi hermano menor, se ponía muy nervioso cuando le contaban el cuento de Pinocho. Cada vez que decía una mentira, se tocaba la nariz por si le había crecido; y como mentía bien seguido, pasaba todo el día tocándose la nariz.

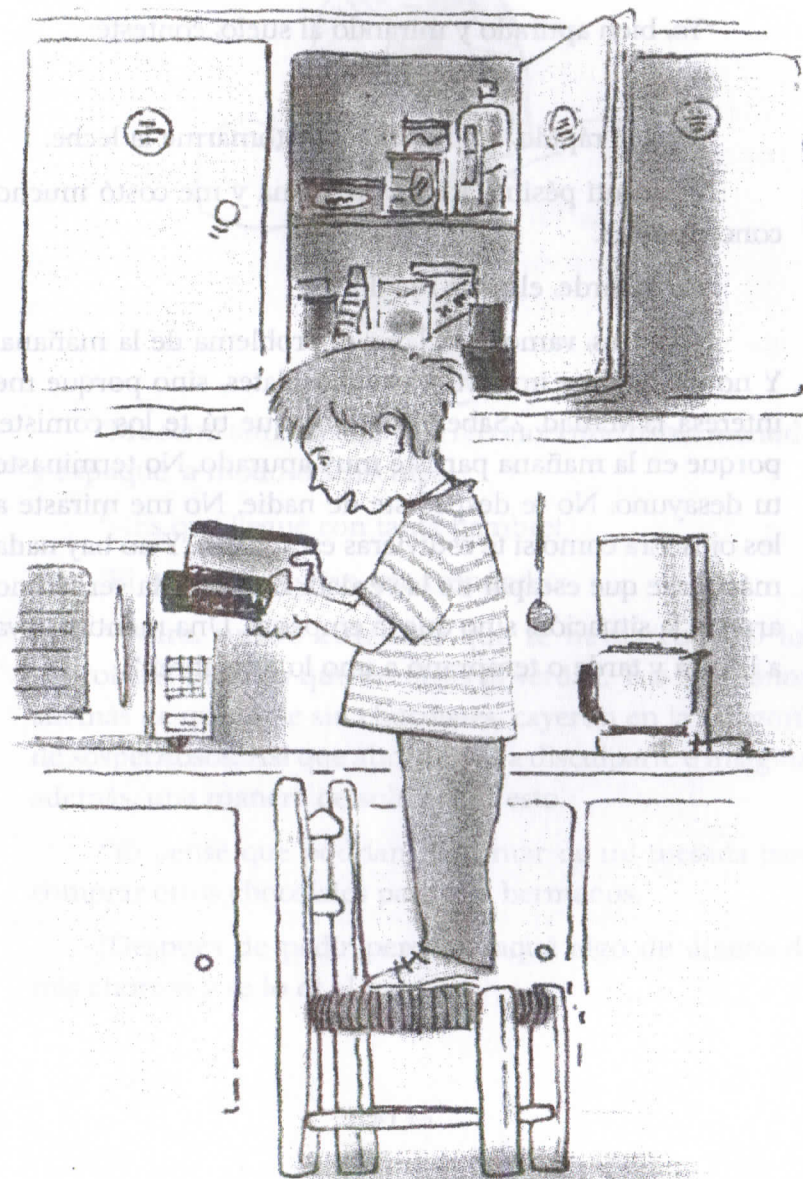
Fue divertido contar eso, porque lo mismo les había sucedido a varios en el curso.

-Si el cuento fuera verdad, todos seríamos bien narigones -dijo Marisol, riéndose.

## Al papá le interesa la verdad

Andrés contó lo siguiente:

"Mi mamá había comprado chocolates para que los lleváramos de colación. Se suponía que tenían que durar toda la semana.



"Ese día llegué con tanta hambre, que fui donde mi mamá guardaba los chocolates y me comí dos; pero estaban tan ricos, que después me comí dos más. Por supuesto que al otro día no alcanzaron para todos. El papá, que estaba preparando el desayuno, me preguntó:

"-Andrés, ¿tú te comiste los chocolates que faltan?"

"Yo, bien apurado y mirando al suelo, contesté:

"-¡No!"

"Y partí rápido, sin terminar de tomarme la leche.

"Me sentí pésimo toda la mañana y me costó mucho concentrarme.

"En la tarde, el papá me dijo:

"-Andrés, vamos a aclarar el problema de la mañana. Y no porque me importen los chocolates, sino porque me interesa la verdad. ¿Sabes?, yo creo que tú te los comiste, porque en la mañana partiste muy apurado. No terminaste tu desayuno. No te despediste de nadie. No me miraste a los ojos. Era como si te estuvieras escapando. Y no hay nada más grave que escapar de la verdad. Esconder la verdad no arregla la situación, sino que la empeora. Una mentira lleva a la otra y tarde o temprano a uno lo descubren".



"Me sentí tan culpable que reconocí que había mentido y expliqué, a modo de disculpa:

"-¡Es que llegué con tanta hambre!"

"El papá, muy serio, me respondió:

"-Mira, puedo entender que te hayas comido los chocolates, pero no que no digas la verdad. Tus hermanos, además de quedarse sin chocolates, cayeron en la categoría de sospechosos. Así que ahora anda a disculparte e imagina, además, una manera de solucionar esto.

"Yo pensé que podrían descontar de mi mesada para comprar otros chocolates para mis hermanos.

"Después de pedir perdón, saqué algo de dinero de mis ahorros y se lo di al papá".

## ¿Cómo se nota cuando uno miente?

El profesor preguntó:

—¿Alguien quiere comentar algo acerca de lo que contó Andrés?

Daniela dijo:

—Creo que el papá de Andrés tenía razón. Cuando uno miente se le nota en la cara. Porque cuando uno está mintiendo no puede mirar a los ojos y muchas veces se pone colorado.

Esteban agregó:

—A mí, cuando miento, se me nota en la voz. Es algo que no puedo controlar y se me escapa. ¡Me sale una voz que no es la mía!

El profesor felicitó a Andrés por su valentía y dijo, mirando a algunos que se estaban riendo.

—Yo estoy seguro de que los que no escuchan seriamente también tienen alguna mentira que contar. ¿No es cierto?

Se produjo un silencio en el que se podía oír volar a una mosca.

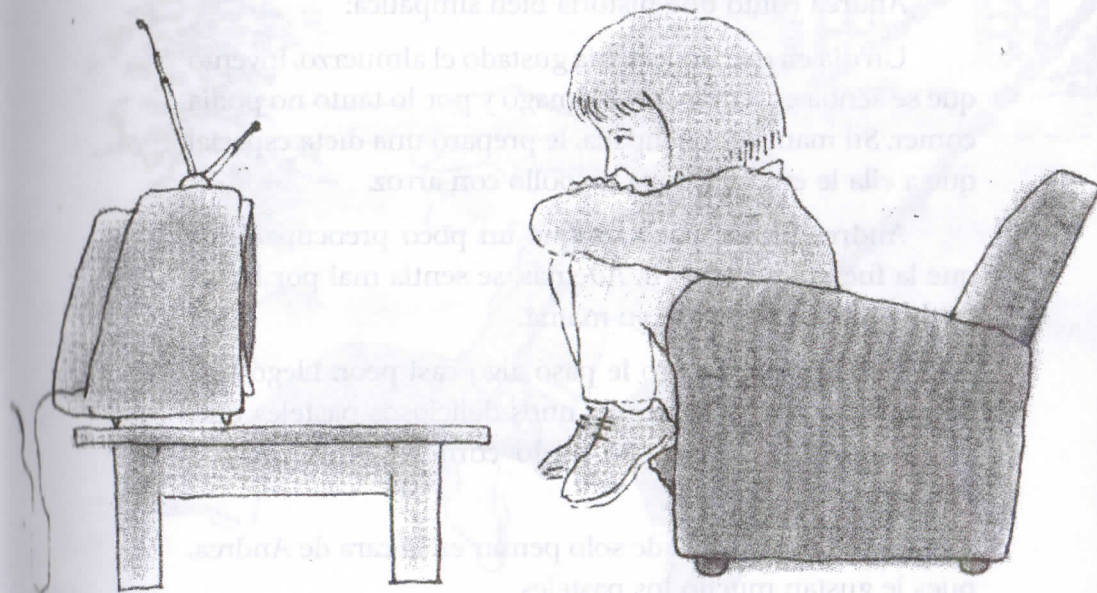
El profesor preguntó:

—¿Alguien más quiere contar lo que escribió?

—Yo también mentí una vez —dijo Constanza—. Pero me da mucha vergüenza contarlo, aunque igual voy a tratar, porque les menté a ustedes... ¿Se acuerdan cuando les conté que en mi casa habían comprado un DVD y un televisor grande? Bueno, no era cierto. Yo tenía muchas ganas de tener un DVD, porque cuando ustedes contaban las películas que

habían arrendado, yo no podía participar en la conversación. Y no sé cómo, de repente, me encontré inventando esa mentira. ¿Y saben por qué se las cuento ahora? Porque tengo miedo de que le pregunten a mi hermano y se enteren de que les menté. La verdad es que cuando una mente no puede estar tranquila. Ahora, aunque tengo vergüenza, me siento aliviada por haber dicho la verdad.

—Lo peor de la mentira —concluyó Soledad— es que una anda siempre preocupada de que la vayan a pillar.



## Andrea se queda sin comer pasteles

Constanza se veía tan triste y avergonzada que yo creo que por eso Rafael le dijo:

–No te preocupes, yo también les mentí a ustedes cuando les conté, a principios de año, que me iban a regalar una bicicleta para mi cumpleaños. La verdad es que mi papá estuvo sin trabajo por seis meses, así que no tengo ni esperanza de tener una.

A todos nos dio un poco de pena y admiramos a Rafael por atreverse a compartir con nosotros sus problemas.

Es increíble cómo al ir contando y reconociendo nuestras mentiras fuimos conociéndonos más.

Andrea contó una historia bien simpática:

Un día en que no le había gustado el almuerzo, inventó que se sentía enferma del estómago y por lo tanto no podía comer. Su mamá, preocupada, le preparó una dieta especial que a ella le encanta: sopa de pollo con arroz.

Andrea estaba feliz, aunque un poco preocupada de que la fueran a descubrir. Además, se sentía mal por haber hecho trabajar de más a su mamá.

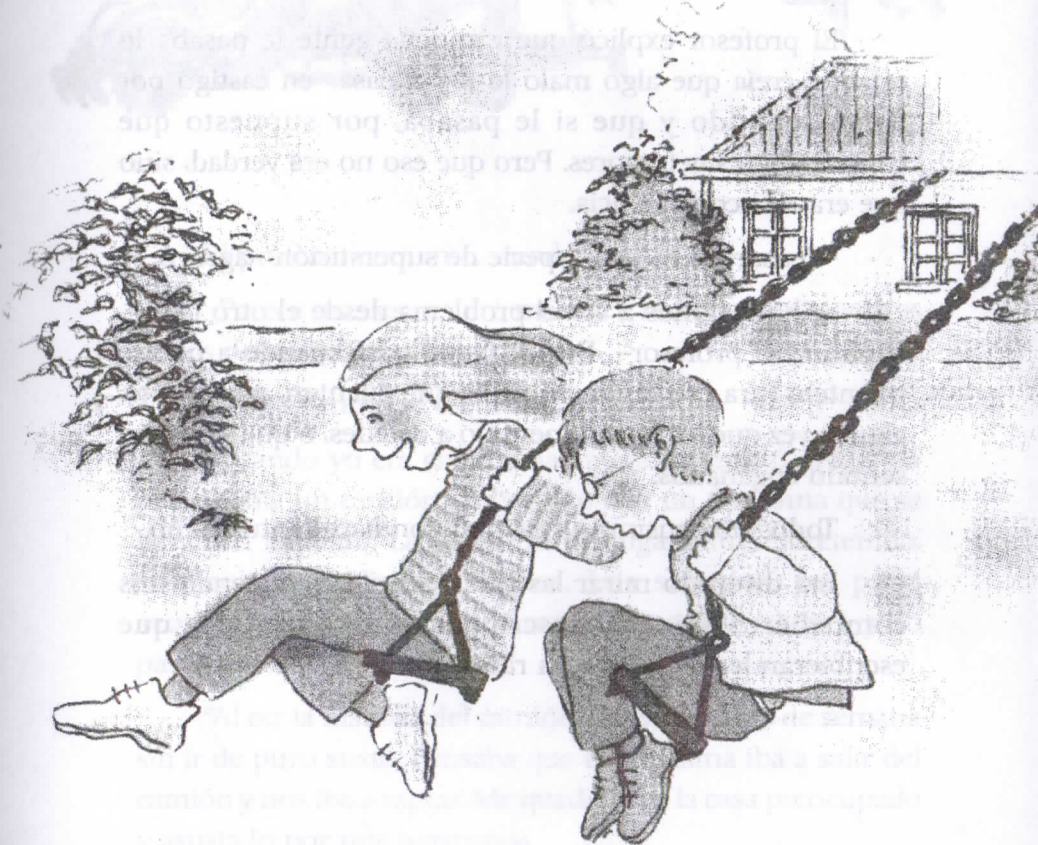
No la pillaron, pero le pasó algo casi peor. Llegó una tía de visita y trajo de regalo unos deliciosos pasteles que, por supuesto, Andrea no pudo comer porque estaba “enferma”.

Todos nos reímos de solo pensar en la cara de Andrea, pues le gustan mucho los pasteles.

Parece que es imposible mentir sin consecuencias, aunque a uno no lo pillen.

Después, Rafael contó lo que había escrito:

“Un día en que quería ir a jugar a la casa de Javiara, le menté a mi mamá, diciéndole que no tenía tareas.



“Mientras estaba en la casa de mi amiga, mi hermano se cayó y tuvieron que llevarlo al doctor. Le pusieron cuatro puntos en la rodilla. Y a mí se me ocurrió que lo sucedido era una especie de castigo por mi mentira. Me sentía muy culpable”.

Todos tratamos de convencerlo de que “era pura casualidad” y otras cosas por el estilo para tranquilizarlo, aunque en el fondo pensábamos que podía tener algo de razón.

El profesor explicó que a mucha gente le pasaba lo mismo: creía que algo malo le iba a pasar en castigo por haber mentido y que si le pasaba, por supuesto que confirmaban sus temores. Pero que eso no era verdad, sino que era una coincidencia.

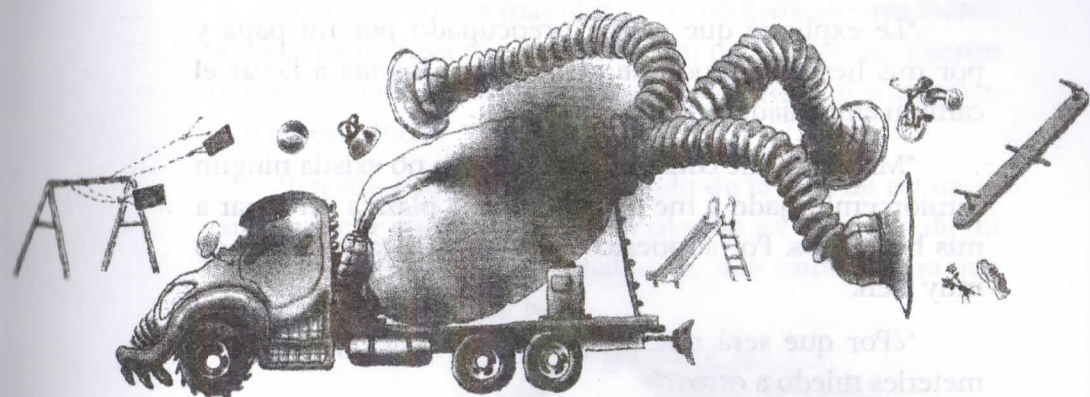
–Pensar así es una especie de superstición –agregó.

–Ahora vamos a ver el problema desde el otro lado –continuó el profesor–. Es decir, qué pasa cuando a uno le mienten. Para eso les voy a pedir que cuenten, por escrito, alguna vez que les hayan mentido a ustedes, o que se hayan sentido engañados.

Todos nos pusimos a escribir con harta entusiasmo.

Era divertido mirar las caras que iban poniendo mis compañeros mientras escribían. Era como si lo que escribieran les diera mucha rabia.

## La historia del camión embrujado



El profesor comentó, riendo:

–Parece que les resultó más fácil recordar las mentiras de los demás que las propias.

Cristián contó lo siguiente:

“Cuando yo era chico, una amiga me contó que en la plaza había un camión embrujado con un fantasma que se llevaba a la gente. La plaza era un lugar muy entretenido, con columpios y resbalines. Los sábados, mi papá acostumbraba llevarnos a mis hermanos y a mí, y lo pasábamos súper bien.

“Al oír la historia del camión, pasé tres fines de semana sin ir de puro susto. Pensaba que el fantasma iba a salir del camión y nos iba a raptar. Me quedaba en la casa preocupado y asustado por mis hermanos.

"Un día mi mamá me pilló llorando:

"-¿Por qué lloras? -me preguntó.

"Le expliqué que estaba preocupado por mi papá y por mis hermanos, porque creía que se los iba a llevar el camión embrujado.

"Mi mamá me consoló diciendo que no existía ningún camión embrujado y me propuso ir a la plaza a ver jugar a mis hermanos. Por supuesto que ellos lo estaban pasando muy bien.

"¿Por qué será que a algunos niños les gusta tanto meterles miedo a otros?"

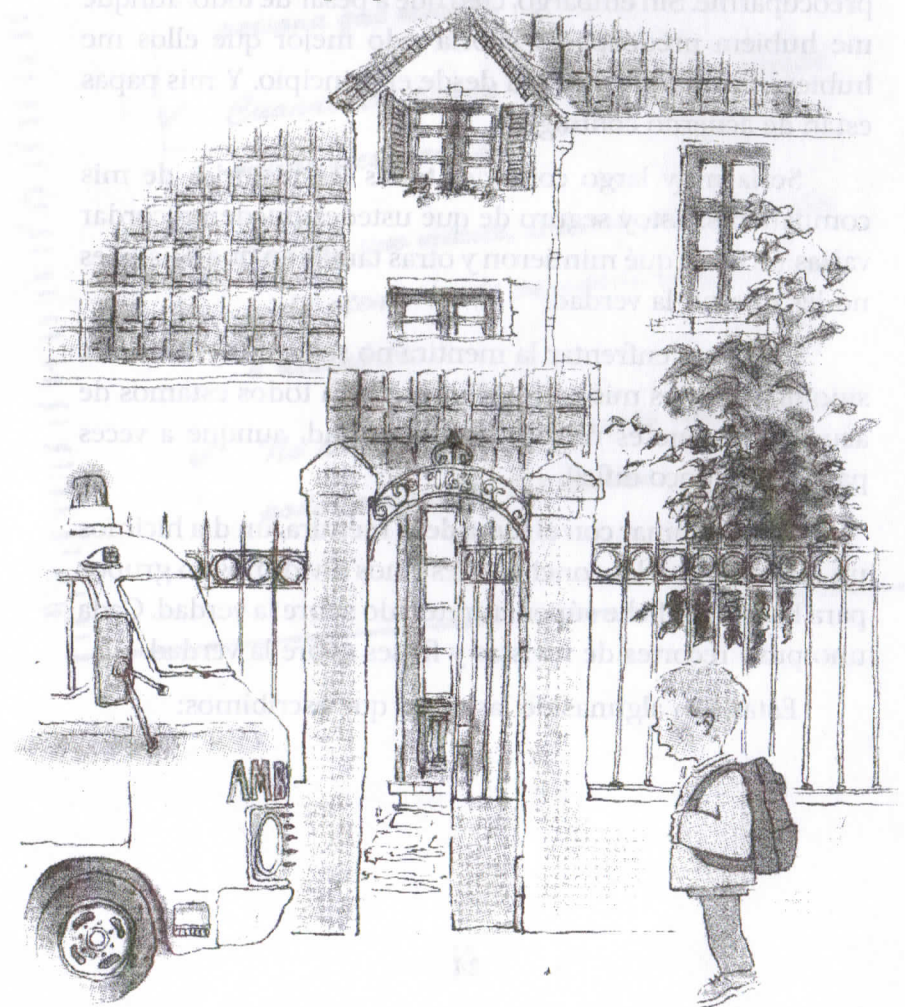
-Las historias de temor "son producto de la imaginación" -dijo el profesor-. Lo único que uno consigue cuando cuenta esas historias es asustarse y asustar a los otros.

-¡Y se pasa tan mal cuando uno tiene miedo! -gritó desde atrás Cristina, que parece que es bien miedosa, aunque le encantan las historias de terror.

## La operación de mamá

-Cuando yo era más chico -contó Enrique- mi mamá se enfermó y tuvieron que operarla; pero a mí me dijeron que se había ido de viaje. A mí me llamaba mucho la atención que no escribiera.

"Un día, cuando venía llegando de la casa de mi tía, vi con sorpresa que había una ambulancia en la puerta de mi casa, y que a mi mamá la bajaban de una camilla. Para qué les cuento el susto que pasé.



"Después de eso tuve pesadillas. Cada vez que mis papás salían, quedaba atemorizado de que les hubiera pasado algo. También me daba susto cuando veía una ambulancia.

"Mis papás me trataron de tranquilizar, prometiéndome que nunca más me iban a esconder la verdad. Pero me costó mucho sacarme ese miedo.

"Ahora estoy mejor porque he vuelto a recuperar la confianza en ellos y entiendo que lo hicieron para no preocuparme. Sin embargo, creo que a pesar de todo, aunque me hubiera preocupado, habría sido mejor que ellos me hubieran contado la verdad desde el principio. Y mis papás están de acuerdo conmigo".

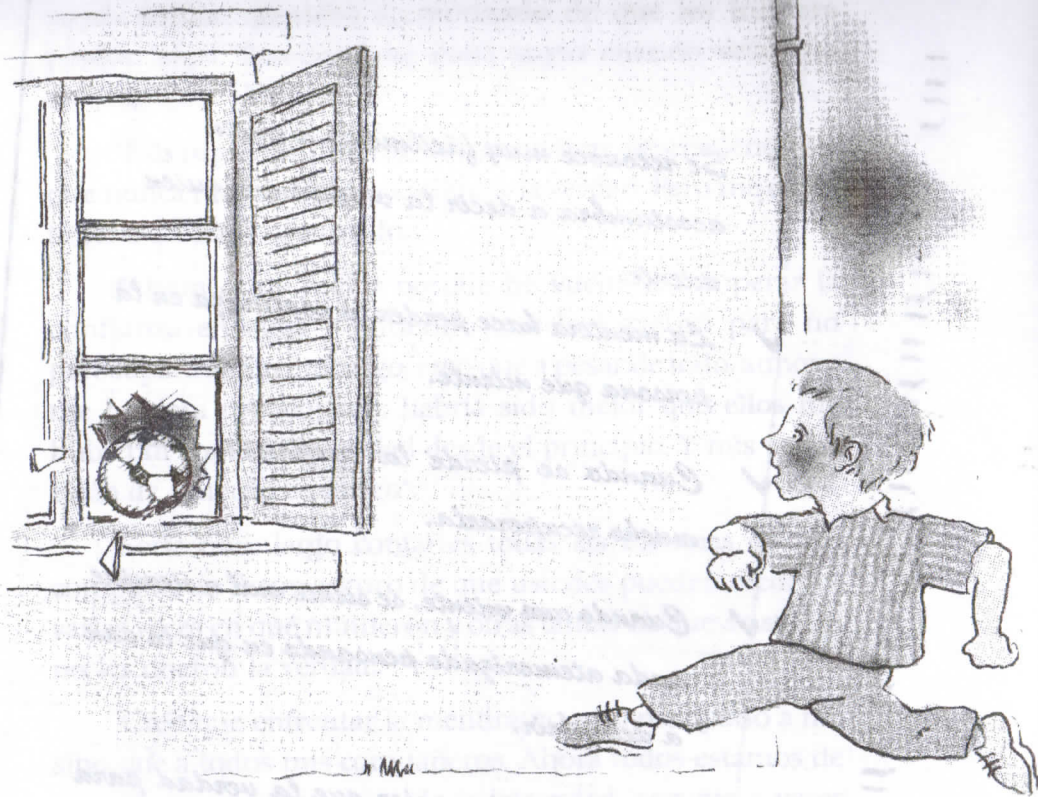
Sería muy largo contarles todas las historias de mis compañeros. Estoy seguro de que ustedes pueden recordar varias veces en qué mintieron y otras tantas en que a ustedes no les dijeron la verdad.

Creo que enfrentar la mentira no solo me ayudó a mí, sino que a todos mis compañeros. Ahora todos estamos de acuerdo en que es mejor decir la verdad, aunque a veces parezca un poco difícil.

Para terminar con el tema de la mentira, un día hicimos un resumen con las conclusiones y nos dividimos en grupos para hacer un afiche súper entretenido sobre la verdad. Cada uno puso recortes de revistas y frases sobre la verdad.

Estas son algunas de las cosas que escribimos:

- ✓ Se reconoce muy fácilmente a quien acostumbra a decir la verdad y a quien miente.
- ✓ La mentira hace perder la confianza en la persona que miente.
- ✓ Cuando se pierde la confianza, cuesta mucho recuperarla.
- ✓ Cuando uno miente, se siente mal y siempre anda atemorizado pensando en que lo van a descubrir.
- ✓ No hay nada mejor que la verdad para poder confiar en los demás.



De tanto darle vueltas a esto de la verdad y la mentira aprendí a no mentir. Para demostrárselo, les voy a contar que el otro día, cuando estaba jugando a la pelota, de repente le pegué con tal fuerza que dio justo en una ventana bien grande y el vidrio, ¡chas!, se quebró en mil pedazos.

Lo primero que pensé fue hacerme el desentendido. Pero en vez de eso esperé a que llegaran mis papás y con mucho susto les conté todo.

Mi papá, pasado el primer enojo, me felicitó por haberme atrevido a decir la verdad.

Y la mamá dijo:

-Yo sabía que se podía confiar en ti.

A pesar de todo, voy a tener que barrer el jardín tres sábados por haber quebrado el vidrio. Pero me siento feliz porque...

¡Mis papás creen de nuevo en mí!

**ESTE LIBRO HA SIDO POSIBLE**

**POR EL TRABAJO DE**

**Comité Editorial** Silvia Aguilera, Mauricio Ahumada, María Bohigas, Carlos Cociña, Mario Garcés, Luis Alberto Mansilla, Tomás Moulán, Naín Nómez, Julio Pinto, Paulo Slachevsky, Hernán Soto, José Leandro Urbina, Verónica Zondek **Proyectos** Ignacio Aguilera **Secretaría Editorial** Alejandra Céspedes **Dirección de Arte** Txomin Arrieta **Diseño y Diagramación Editorial** Ángela Aguilera, Paula Orrego, Rodrigo Urzúa **Corrección de Pruebas** Raúl Cáceres **Exportación** Ximena Galleguillos **Página web** Leonardo Flores **Comunidad de Lectores** Olga Herrera, Francisco Miranda **Secretaría Distribución** Sylvia Morales **Ventas** Elba Blamey, Luis Fre, Marcelo Melo **Administración y Bodegas** Jaime Arel, Leonidas Osorio, Servando Maldonado, Nelson Montoya, Jorge Peyrellade **Librerías** Nora Carreño, Ernesto Córdova **Secretaría Gráfica LOM** Tatiana Ugarte **Comercial Gráfica LOM** Juan Aguilera, Marcos Sepúlveda, Cristina Rosas **Servicio al Cliente** Elizardo Aguilera, José Lizana, Edgardo Prieto **Diseño y Diagramación Computacional** Guillermo Bustamante, César Escárate, Claudio Mateos, Alejandro Millapan, Felipe Sauvageot **Secretaría Imprenta** Carmen Gloria Jeldres **Producción** Javier Gutiérrez, Eugenio Cerda **Impresión Digital** Carlos Aguilera, Sergio Jorquera, Efraim Maturana, William Tobar **Control de Calidad** Ingrid Rivas **Preprensa Digital** María Francisca Huentén, Daniel Véjar **Impresión Offset** Eduardo Cartagena, Freddy Pérez, Rodrigo Véliz, Francisco Villaseca **Corte** Eugenio Espíndola, Sandro Robles, René Muñoz **Encuadernación** Alexis Ibaceta, Rodrigo Carrasco, Sergio Fuentes, Aníbal Garay, Pedro González, Carlos Muñoz, Luis Muñoz, Marcelo Toledo **Despachos** Miguel Altamirano, Pedro Morales **Administración** Mirtha Ávila, Alejandra Bustos, Diego Chonchol, César Delgado, Aracelly González.

**LOM EDICIONES**